

debía desear sin duda, por ser el solo medio de asociar á nuestros destinos una nacion valiente y obligada á la neutralidad por el derecho público de Europa, al golpe se descubre cuanta suma de agravios iba á acumular el gobierno, unos inevitables á todas luces, otros creados voluntariamente y por meras satisfacciones de partido.

Algunos otros cambios se introdujeron en el ejército á fin de darle las formas exteriores que tuvo antes del año de 1789 y de hacerle olvidar al emperador y al imperio hasta donde fuese posible. Habia números vacantes en la série de los regimientos, á causa de haber sido muchos aniquilados por la guerra y disueltos administrativamente: se aprovechó la coyuntura para mandar mudar el número á todos, haciendo tomar el número vacante al regimiento mas inmediato, el de este al otro, lo cual debía producir una alteracion general en la série, resultando así para todos los regimientos la pérdida del número con que se habian hecho ilustres. Esto equivalia á atentar contra su gloria, borrando en ellos y en los demás unos recuerdos inestinguibles. Con el propósito de adherirlos á la monarquía por medio de ciertos títulos honoríficos, se dió al primer regimiento de línea el de *regimiento del Rey*, al segundo el de *regimiento de la Reina*, al tercero el de *regimiento del Delfin*, y así sucesivamente de todos los principes de la sangre cuyo nombre podia ser dado á regimientos. A fin de facilitar á estos principes un medio de mezclarse en los asuntos militares, se mantuvieron y se les confirieron los títulos de coroneles generales de las diversas armas. El conde de Artois fué nombrado coronel general

de los guardias nacionales y de los suizos, el duque de Angulema coronel general de los coraceros y de los dragones, el duque de Berry coronel general de los cazadores y de los lanceros. Al viejo principe de Condé se le hizo coronel general de la infantería de línea, al duque de Borbon coronel general de la infantería ligera, y por último, al duque de Orleans coronel general de los húsares. Estos títulos habian sido dados por Napoleon á los tenientes generales mas distinguidos de cada arma, y así no podian menos de sentirse muy heridos de la desposesion de sus grados. Para disminuir su descontento se les dejaron su sueldo y las atribuciones de la dignidad de que resultaban desposeidos, con el cargo de primeros inspectores de las armas en que figuraban los principes como coroneles generales.

No era solo el ejército el que se debía reducir entonces para adaptarlo á nuestro territorio y á nuestra hacienda, sino tambien la marina, y en esta parte del servicio público tenian que ser mas considerables y mas sensibles las reducciones. En lugar de cien navios de línea y de doscientas fragatas, que Napoleon se habia aplicado á construir y que en dos ó tres años de paz hubiera podido armar convenientemente, gracias á la inmensa estension de sus costas, segun el estado de nuestra hacienda apenas podiamos conservar en tiempo de paz de dos á tres navios y de ocho á diez fragatas con todo su armamento, y por tanto, en tal proporcion habia que reducir el personal y el material de nuestra marina. Durante largo tiempo ya no habia que ocuparse de ningun modo en construcciones, porque los navios construidos en la antigua

Francia y los que se iban á retirar de la Francia imperial bastarian de sobra en caso de un armamento de guerra. Para los marineros y los operarios quedaba el recurso de la marina mercante, que no dejaria ciertamente de proporcionarles empleo; más respecto de los oficiales y de los ingenieros marítimos la situacion debía ser por demás difícil y dolorosa. Para ellos como para los oficiales de tierra se estableció el régimen de la media paga, con opcion á las dos terceras partes de las vacantes. Además se les concedió la facultad de servir á bordo de los buques mercantes, sin perder en la marina real sus derechos ni tampoco su lugar en la escala. Pero estos paliativos eran poco eficaces y mal adecuados á aliviar la miseria del ejército y la marina.

Aun faltaba providenciar sobre uno de los intereses mas caros á los militares, sobre la Legion de Honor. Su mantenimiento habia decidido la Carta y nadie se atreviera á proponer su supresion; mas habia que conciliar su existencia con la de otras órdenes antiguas y modernas, sobre las cuales era forzoso adoptar un partido. Mr. de Pradts, arzobispo de Malinas y nombrado gran canceller de la Legion de Honor, deseaba que se creara una orden nueva llamada de la *Restauracion*. Esta orden, que sin duda cayera á la vuelta de pocos dias tan en ridículo como la de la Flor de Lis, ya concedida á cerea de quinientos mil individuos, por unanimidad fué desaprobada en el Real consejo. Cuestion mas seria era la de la orden de San Luis, orden muy respetable creada bajo Luis XIV para premiar especialmente el mérito militar, y que aun adornaba por esta época el

pecho de viejos oficiales que honrosamente habian servido á su patria en las guerras del último siglo. Su abolicion no era posible para los Borbones: Mr. de Blacas propuso que se fundiera con la de la Legion de Honor y que de las dos se formara una nueva, de la cual seria creador, patrono y legislador Luis XVIII. Con la mayor sinceridad hizo notar el canceller Dambray que se violaria así la Carta, donde se habia prescrito el mantenimiento de la Legion de Honor de un modo liso y llano. De este mismo dictamen fué el Real consejo y decidióse que las dos órdenes existirian simultáneamente y que para rejuvenecer la cruz de San Luis se daria á los oficiales mas distinguidos del ejército imperial, que así tendrian dos cruces en lugar de una, y alcanzarian la sancion de la gloria nueva con recibir la insignia justamente honrosa de la gloria antigua.

Además providencióse que, sin abolir la orden de la Reunion, que simbolizaba un recuerdo vano y hasta funesto, el de las agregaciones de territorio que en tiempo de Napoleon habian sublevado tanto á Europa, ya no se conferiria á nadie, manera segura de qué llegara á fin cercano y que la orden de la Corona de Hierro, propia ya de los soberanos de Lombardía, no se llevara en Francia sin la autorizacion real, tambien precisa para usar las insignias de las demás órdenes extranjeras.

Al mantener la Legion de Honor era forzoso modificar su escudo, porque no se podia obligar á Luis XVIII ni á los principes de su familia á llevar la efigie de Napoleon sobre el pecho. Mr. de Talleyrand se anticipó en el Consejo á todos á tomar la palabra sobre este asunto. Tratado comunmente

por Luis XVIII con una cortesania en que por nada entraba el mas ligero matiz de agradecimiento, para sostenerse conocia la necesidad de ser grato, y á pesar de su personal grandeza no se desdeñaba de emplear con este fin los medios que juzgaba mas oportunos. Por esto le ocurrió la propuesta de que á la efígie de Napoleon se sustituyese en la placa de la Legion de Honor la efígie de Luis XVIII. Sencillamente apresuróse el mariscal Oudinot á opinar de la misma manera. Graves objeciones tenian que hacer los demás individuos del Consejo á proposicion semejante, mas sellaron sus labios por no atreverse á emitir las en presencia del monarca. Tal silencio fué embarazosisimo de seguida para el lisonjero, que encontraba tan débil apoyo, y aun lo fuera bastante para el lisonjeado, si Luis XVIII con una sonrisa bastante maliciosa no diera muestras de gozar ante el embarazo de los asistentes, muy lejos de hallarse en el mismo caso. Asi callóse á semejanza de sus consejeros. Para poner término al malestar que resultaba de esta escena muda el general Beurnonville pidió que se sometiera la cuestion al examen de una comision especial y elegida en el seno del Consejo mismo. Esta peticion asi formulada no puso fin al silencio, y todos continuaron mudos, cual si tuvieran que alegar especies de manifestacion imposible ante el soberano. Un miembro del Consejo que al parecer nunca se hallaba en situacion embarazosa y el único á quien guardaba el rey contemplaciones, por temor ó por gusto, el duque de Berry, tomó atrevidamente la palabra y no auduvo en escrúpulos para decir que pareciera singular á todo el mundo ver la efígie de Luis XVIII sobre la

placa de una orden creada por Napoleon y por servicios prestados bajo su mando, y propuso que se adoptase la efígie de Enrique IV, ya que sin tener comparacion alguna, podia muy bien suceder á las efígies todas. La osadia y el buen sentido del principe desató las lenguas, y Mr. Ferrand adoptó y sostuvo el dictámen del duque de Berry con una franqueza que se deberia siempre hallar entre los amigos. Entonces Mr. de Blacas propuso, no una efígie de rey, á causa de establecerse así una comparacion poco agradable para Luis XVIII, sino la imágen de la nacion francesa. Esta proposicion traía algun tanto á la memoria las ideas republicanas. Al fin Luis XVIII rompió el silencio, que habia guardado hasta entonces, se mostró muy agradecido á su sobrino, á continuacion expuso que no era de los principes que deseaban estatuas en vida; que si fuese capaz de tamaña debilidad bastaria á corregirle de ella del todo el ejemplo del hombre cuya efígie se trataba de sustituir al presente, y que despues de pesar á fondo la propuesta del duque de Berry y la de Mr. de Blacas, se declaraba por la efígie del rey Enrique IV. De esta suerte el habil lisonjero que habia tratado de ser agradable, por todos vió desaprobada su lisonja, hasta por el mismo á quien iba dirigida; mas no era hombre para apurarse por tan poco. Se adhirió como los demás al dictámen del soberano, y quedó convenido que en la placa de la insignia de la Legion de Honor se pondrian la efígie de Enrique IV por el un lado y las tres flores de lis por el otro. Tambien se acordó que así que se efectuase esta reforma todos los principes de Borbon llevaran la cruz de la Legion de Honor al pecho.

Cruelmente ajaran al ejército las diversas medidas enumeradas, é hijas las más de una necesidad imperiosa, aunque no hubieran suministrado ningún pretexto á la malevolencia. Pero con lo que los príncipes de Borbon las añadieron por ser deferentes respecto de sus amigos, con la irritación que reinaba entre los militares, con la injusticia que les inspiraba la irritación esta, naturalmente debían ser muy mal recibidas, y provocar donde quiera amargas censuras, y amenudo hasta resistencias peligrosas. La Guardia imperial no había cesado de residir en Fontainebleau. Allí supo que sería sostenida, aunque privada de la custodia del soberano, ya no tendría en la capital la residencia, tan deseada generalmente por todas las tropas. Hasta se divulgó el rumor, y no forjado, sino verdadero, de que Fontainebleau estaba demasiado cerca, y de que la infantería sería enviada á Lorena, y la caballería á Flandes, á Picardía y á Lorena. Esta noticia produjo la más viva emoción en sus filas, y parte de los soldados recorrieron las calles de Fontainebleau, gritando *¡viva el emperador!*

El duque de Berry era el príncipe á quien reservaba la dinastía para ponerle en contacto con las tropas, y el mejor cortado para este papel en vista de sus procederes. A Fontainebleau se encaminó para ver á la Guardia, á la cual no había aun honrado con su presencia ninguno de los príncipes de la real familia. Algunos oficiales á quienes se había halagado oportunamente, no omitieron esfuerzos á fin de prepararle bien los caminos. Recibido fué silenciosa y respetuosamente. Algunos gritos de *¡viva el rey!* dados por hombres elegidos sonaron sin eco. No obstante, el príncipe, acompa-

ñado por el mariscal Oudinot, comandante de la infantería de la Guardia, y por el mariscal Ney, comandante de la caballería, mostró desembarazo, familiaridad, y agasajó mucho á aquellos veteranos. Tales obsequios no alcanzaron más que á sepultar en el fondo de los corazones los sentimientos que amenudo se les escapaban imprudentemente, más sin alterarlos en nada. Quizá confiando francamente á la Guardia imperial su persona, y reservándola exclusivamente el título y las ventajas de cuerpo de preferencia, lograra el rey ponerla de su parte, y de todos modos se le adhiriera de sobra para tener seguridad en sus manos. Pero con restablecer su antigua casa militar y fiarse de ella, inevitablemente había ya vuelto la Guardia imperial á Napoleon.

Desde la partida de las tropas extranjeras, se cuidó esmeradamente de traer de guarnición á París los regimientos favorecidos con nuevos nombres, tales como el regimiento del Rey, de la Reina, de *Monsieur* etc. Estas precauciones no hicieron que reinase mejor espíritu en los cuarteles. Allí se gritaba *¡viva el emperador!* de cotidiano. El duque de Berry tomóse el trabajo de visitarlos muy á menudo, pero esta atención no le eximió del disgusto de oír á veces gritos sediciosos con sus propios oídos. No careciendo de presencia de ánimo ni de agudeza, cuando sabía contenerse, en una de sus visitas se acercó á un soldado, que había gritado *¡viva el emperador!* y preguntóle por qué profería este grito. —Porque Napoleon nos ha conducido cien veces á la victoria, contestó el soldado de seguida. —¡Gran milagro, repuso el príncipe, con valientes como tú! —Esta réplica hizo buen efecto,

se divulgó por los cuarteles, y valió algunos plácemes al príncipe, mas no cambió los sentimientos de las tropas.

Muy distinto fué el caso cuando aparecieron por las calles de París los jóvenes de la casa militar. Se les habian dado magníficos uniformes, que naturalmente lucian con gusto, y tenian derecho al saludo militar, como que estaban graduados de oficiales. Muchos soldados les negaron el tal saludo, y nada pudieron las penas disciplinarias; y mas grave fué aun que la guardia nacional se puso de su parte. Así que la primera compañía de Guardias de corps estuvo organizada, reemplazó á la guardia nacional en lo interior de palacio, y no le quedaron mas que los puestos exteriores, lo cual en cierto modo era plantarla á la puerta de la régia morada, y así lo mejor fuera quitarlo todo, ó dejárselo como hasta entonces. Pero un accidente fortuito agravó esta exclusion de lo interior de las Tullerías. Al entrar los guardias de corps en el ejercicio de sus funciones, se dirigieron al puesto que debían ocupar á la hora en que los mas de los guardias nacionales se habian ido á comer á sus casas, y se apoderaron del puesto de plano, sacando fuera las armas de los que se encontraban ausentes. Cuando volvieron á su puesto solo hallaron ocupado y con las armas á la puerta, sin alcanzar ninguno de los miramientos que las tropas se tienen unas á otras, cuando se relevan del servicio. Contra esta conducta clamaron fuertemente, y se fueron á comunicar su mal humor á los puestos vecinos. Aun cuando aquí solo hubo torpeza, y de ningún modo intencion ofensiva, la emocion fué general en las filas de los guardias nacionales. La

legion destinada generalmente á las Tullerías declaró que ya no montaria la guardia ni dentro ni fuera de palacio, y el efecto fué tal que Mr. de Blacas tuvo que escribir al general Dessoles una carta en la cual á nombre del rey daba las gracias á la guardia nacional por sus servicios, y la dirigia las expresiones mas lisonjeras. Hasta se organizó un banquete entre los guardias de corps y cierto número de guardias nacionales escogidos; pero cuanto se hizo no contribuyó mas que á dar á conocer á todos el desacuerdo sin apaciguarlo.

Por su parte el rey continuó dedicando á los gefes del ejército las mas solícitas atenciones. Recibió al mariscal Massena, le colmó de felicitaciones por sus grandes hechos de armas, y le anunció su próxima naturalizacion por medio de una proposicion á las Cámaras. Igualmente recibió á Carnot, en calidad de primer inspector del arma de ingenieros, y al almirante Verhuel, como oficial de marina quedado al servicio de Francia, sin hacer memoria al parecer de que el primero fué regicida, y de que el segundo hubiera defendido el Texel hasta el último extremo. Con todo, tras de hacer tantos esfuerzos sobre sí mismos, segun las apariencias, necesitaban los Borbones desahogar su corazon á expensas de uno de los grandes militares de entonces; y el mariscal Davout fué la victima sacrificada á los resentimientos del realismo. Como ya hemos expuesto, su resistencia en Hamburgo habia sublevado á los soberanos extranjeros, y como hemos dicho del propio modo, este mariscal habia disparado contra la bandera blanca al verla junto á la bandera rusa. Por estas diversas razones se sentia grande irritacion en su contra, y

además se le miraba como seide de Napoleon por virtud de muy falsos informes, pues desde el año de 1812 se hallaba Davout en desgracia. Este fué el único mariscal á quien no quiso recibir Luis XVIII. Al ministro de la Guerra se le encargó que le participara que, habiendo comprometido fuera el nombre francés, no sería admitido en la corte hasta que explicara su conducta. Muy friamente recibió el mariscal este aviso, y continuó la Memoria que ya tenia empezada para dar á conocer á Francia y á Europa su conducta en Hamburgo.

Desde este momento el mariscal Davout, respetadísimo aunque poco amado por los militares, se hizo idolo de repente. Para los oficiales que habian abandonado sus cuerpos respectivos, y no se daban prisa á volver á ellos, á pesar de las reiteradas órdenes del ministro de la Guerra, habia una especie de foro, y era el Palacio Real y el bulevar llamado de los Italianos. Gozando unos de holgura y consumiendo en París lo que recibian de sus familias, no teniendo otros esta ventaja, y devorando en breves dias sus pagas atrasadas, todos querian mejor permanecer en la capital para entregarse allí á despecho suyo, que tornar á sus filas para ser lo que se llamaba oficiales á media paga. Así formaban corrillos en el Palacio Real y en el bulevar de los Italianos, interpretaban á su modo los actos del gobierno, perseguian con sus burlas al rey impotente, comparaban su pesadez al andar presuroso del hombre, cuya diabólica actividad maldecian muy poco antes, y se mofaban de la casa militar de Luis XVIII, y con especialidad de los viejos emigrados que diariamente se encaminaban en diputacion á las Tullerías, y que

daban márgen al ridículo con frecuencia. Efectivamente; ya eran diputaciones de uno de los ejércitos vendeanos, ó del ejército de Condé que habia servido á orillas del Rhin por tan largo tiempo; ya eran representantes del famoso campo de Jalés, que iban con el traje de su provincia y de su tiempo á visitar al monarca y al conde de Artois, y se espontaneaban con éste de muy buen grado entregando memoriales y retornando de su visita con la cruz de la Flor de lis ó la promesa de una pension. Para nuestros jóvenes oficiales figuraban como objeto continuo de mofa, y á algunos se vió que, á impulsos de la travesura de sus pocos años, se vistieron el uniforme de los militares del régimen antiguo y pasearon las calles de París, seguidos de una multitud de camaradas, á quienes aquel disfraz arrancaba careajadas estrepitosas. No siempre eran las escenas tan divertidas, pues á veces paraban en duelos, nada frecuentes por fortuna, á causa de ser pocas las personas que se atrevieran á armar disputa con los oficiales del ejército imperial, y de estar dispuestos los principes á impedir el lance á los que se atrevieran á tanto. A estas locas burlas mezclábase la tristeza, y una tristeza justificada muy de sobra. Ya hemos hecho mencion de aquellos miles de empleados de todas clases, aduaneros, agentes de contribuciones, oficiales de policia, que siguieron al ejército á su vuelta á Francia, participando de sus peligros y de su heroismo, que se morian de hambre en París con sus mujeres y sus hijos. Naturalmente se juntaban á los grupos de los oficiales descontentos, y á la alegría de estos añadian el espectáculo desconsolador de su miseria. Mas desvelado el baron Louis por

restablecer la hacienda que por aliviar su infortunio, se olvidó malamente de axignarles socorros que remediaron padecimientos inmerecidos, sin cargar mucho el presupuesto, y á varios de aquellos infelices vióse poner término á sus desventuras con el suicidio. Esta mezcla de escenas, unas burlscas, otras efectivas, producía sobre los ánimos un efecto poco favorable, y los empezaba á inquietar vivamente.

Uno de los medios ideados para restablecer la disciplina militar y proporcionar altos destinos á los mariscales que no habian alcanzado empleos de córte, fué el de colocarlos en las divisiones militares con amplios poderes y con ricos emolumentos. Ante todo se hallaba cierta ventaja en dispersarlos; y además se sabia de fijo que si no siempre se mostraban contentos de una córte á la cual eran extraños por mas que se les halagase mucho, tampoco deseaban la vuelta de Napoleon, y que trasladados á las provincias no perdonarian manera de ejercer su autoridad sobre las tropas y de atraerlas á sus deberes. En París el mando de la division estaba demasiado cerca de la autoridad soberana para que tuviese grande importancia. Sin embargo se necesitaba allí un hombre firme, y eligióse al general Maison, que habia hecho pruebas de muy raro teson en Lila y no pasaba por muy amigo de Napoleon. Por el contrario, á otros puntos enviáronse mariscales. Se colocó al mariscal Jourdan allí donde hizo ondear la bandera blanca, esto es, en Rouen; al mariscal Mortier en Flandes; al mariscal Oudinot en Lorena; al mariscal Ney en el Franco-Condado (estos tres últimos en los países de donde eran naturales); al maris-

cal Kellermann á Alsacia, donde siempre habia tenido los depósitos á su cargo; al mariscal Angereau á Lion, donde acababa de obtener el mando en gefe; al mariscal Massena á Provenza, donde la restauracion le habia hallado; al mariscal Macdonald á Turena; al mariscal Soult á Breñaña. En desgracia este último de resultas de los sucesos de Tolosa, á los principios se manifestó sumamente irritado, mas cediendo despues á los buenos consejos del general Dupont se tranquilizó poco á poco, y hasta hizo llegar al monarca las seguridades del mas sincero realismo. Asi obtuvo el mando de la provincia mas realista de Francia, donde se juzgó que sin peligro se le podia poner á prueba. Bien pronto se conocerá el éxito de estos brillantes mandos, de los cuales se concebían á la sazón las mas felices esperanzas.

Mientras se lograba tan poco de los militares, á pesar de los indecibles esfuerzos que se hacían para conquistar á sus gefes, aun se conseguía menos de las otras clases de hombres, á las cuales conviniera contemplar esmeradamente para no convertirlos en aliados de los militares. Apenas vuelta la familia real pensó en celebrar unas exéquias por Luis XVI y María Antonieta y las víctimas augustas cuya cabeza habia caído sobre el cadalso. Ciertamente ninguno de los sucesos de la revolucion debia inspirar sentimientos mas dolorosos que la muerte del infortunado Luis XVI, cuyas nobles intenciones fueron pagadas con la sentencia mas inicua, y natural era tributar homenaje á su desventura. Pero en épocas de partidos, lo que unos hacen con sinceridad otros lo hacen con malicia, y el público se guarda de estos últimos so-

bre todo. De temer era por tanto que este homenaje á tan grande infortunio diese ocasion á nuevas discordias. Ello es que se eligió el día 16 de mayo, aniversario de la muerte de Enrique IV, para que se celebrasen exéquias en todas las iglesias de París en sufragio de las víctimas reales inmoladas el año de 1793. Para atemperarse á la doctrina del olvido se leyó el testamento de Luis XVI, en que la víspera de morir perdonó con frases tan tiernas á sus enemigos. Mas, por ejemplo, en las provincias, observóse en la ceremonia, pero no en la manera de celebrarla. Oraciones fúnebres pronunció el clero, é hizo oír un lenguaje incendiario. Como un continuado delito fué pintada la revolucion entera, en que todos eran criminales, hombres y cosas, en que todo era condenable, hasta los principios de justicia en cuyo nombre la revolucion se habia hecho, y que acababan de ser sancionados por la Carta. Aun envenenó mas la prensa realista la querrela, respondiendo á los que invocaban el olvido prometido por Luis XVIII, que se habia prometido olvidarlo todo en el sentido de que los autores de los crímenes revolucionarios nunca serian requeridos judicialmente, pero que no se habia prometido hacer callar á la conciencia pública respecto de sus personas, ni mirar como indiferente lo que era atroz de suyo, ni secar en los ojos de Francia las lágrimas que debían á víctimas ilustres; que si testimonios tales de dolor ofendian á los perpetradores de ciertos delitos, no se tenían que parar en sus susceptibilidades; que se debían dar por dichosos con pasear su descarada impunidad por el suelo de Francia, pero que no se les podia garantir la estimacion ni el

silencio de los hombres honrados; y que si ciertos días consagrados al dolor público les eran molestos, al crimen y no á la expiacion tocaba ocultarse en tales días, tan cortos además y tan raros. Bien se adivina el efecto de semejante lenguaje tanto sobre los hombres atacados directamente como sobre los hombres unidos á ellos, no por la comunidad de actos, sino por la de principios.

Ya en la via de los recuerdos inoportunos no se detuvo el paso. Detrás de Luis XVI y de María Antonieta vinieron Madama Isabel, el duque de Enghien, Moreau, Pichegrú, y lo que es aun mas extraño, el mismo Jorge Cadoudal, que ante los tribunales habia confesado el proyecto de herir al primer cónsul en el camino de la Malmaison. Buscóse al sacerdote que le asistió en sus últimos momentos y se le encargó que oficiara en la fúnebre ceremonia. Se hizo mas todavía, pues se cometió la imprudencia de anunciar que se haría á expensas del monarca. Esto era comprometer muy gratuitamente á Luis XVIII ante los liberales moderados que se complacian en mirarle como al mas prudente de su familia y de su partido. Tan enorme efecto hizo esta ceremonia, con especialidad entre los militares, que la policia se creyó obligada á ponerlo en conocimiento del soberano.

Obrar de tal modo equivalía á unir con el vínculo mas estrecho á los revolucionarios de mayor templanza, y á los militares y todos los partidarios del imperio. No se guardaron mas contemplaciones á los compradores de bienes nacionales y á los eclesiasticos juramentados. En lo íntimo de su corazón se dolian los príncipes de tornar á Francia y no poder restituir sus bienes á los emigrados, y



de oír murmurar que, ya restablecidos en las Tullerías, no pensaban en que se morían de hambre por ser adictos á su causa. Para pensar y sentir de este modo no se necesitaba mas que ser príncipes buenos y agradecidos, pero la política sin ser ingrata ni inmoral, y solo porque es la razón aplicada á la conducta de los Estados se ve á menudo condenada á sacrificios muy costosos. Sin duda considerando que los bienes de la Iglesia pudieron ser legítimamente vendidos, á la par que los de muchos emigrados lo pudieron ser de igual modo, porque habían hecho la guerra á su patria, y la confiscación, abolida posteriormente con justicia y vigente á la sazón por las leyes se pudo aplicar al acto por el cual habían delinquido, y considerando sobre todo que un trastorno general de la propiedad fuera consecuencia inmediata de la revocación de las ventas llamadas nacionales, la política no obligada á razonar y á sentir como los Borbones, había tenido razón para sancionar dichas ventas de una manera irrevocable. Sin embargo, los príncipes juzgaban como Mr. Lainé, y así desearan que los compradores, garantidos por la ley á la par que vencidos por la opinión, restituyeran los bienes á sus antiguos dueños, mediante algunas transacciones pecuniarias. Al pensar de este modo naturalmente habían de alentar ó tolerar cuanto se hacia en tal sentido.

Más imprudentes aun los eclesiásticos que los emigrados, empezaron á usar en las provincias un lenguaje sabremanera peligroso. Públicamente predicaron contra el concordato, contra la venta de los bienes de la Iglesia, contra la de los bienes de los emigrados, y llevaron la temeridad hasta el

punto de negar los sacramentos á los compradores que morían sin haber *restituido*, según la expresión que por aquellos días se puso en sus labios muy de moda.

No se limitaron sus ataques á los compradores de bienes nacionales, sino que los extendieron al clero moderado, al que el concordato había instituido, y en el seno de la Iglesia volvieron á encender la discordia. Por desgracia en su proyecto de constitución no había pensado el Senado en garantizar el mantenimiento del concordato, y si algo puede dar idea del servicio prestado por este cuerpo al consagrar nuevamente los principios sociales y políticos de la revolución francesa, sin duda es el trastorno de que estaba amenazado el país en el orden religioso, á consecuencia de no haberse hecho mención del concordato por los senadores. Efectivamente se trataba no menos que de volver atrás en todos los cambios que la revolución había introducido en la Iglesia, ya sancionados por el tiempo, y por la legislación, y por el voto de los hombres de luces.

Sin duda se hace memoria del estado en que el primer cónsul halló la religión el año de 1800. Un número considerable de eclesiásticos se había sometido á la constitución civil del clero, por dulzura, por amor á la paz, por aprobación sincera de lo que esta constitución tenía de razonable. A la sumisión habíanse negado los demás por escrúpulo religioso, y algunos también por espíritu de partido. Los eclesiásticos que prestaron el juramento alcanzaron á tal precio la administración del culto; los que se negaron á jurar decididamente incurrieron en el entredicho del gobierno, si

bien conservaron la confianza de los fieles; los primeros practicaban el culto en las iglesias y en medio de una completa soledad, los segundos en lo interior de las casas, y en medio de una afluencia numerosa. Estos daban por nulos todos los actos de los *juramentados*, y así rehacían los matrimonios, los bautizos, y en suma todos los actos de la vida civil en que la religión interviene. No paraba el desorden en esto. Muchas sillas episcopales habían quedado vacantes, á consecuencia de negarse el papa á instituir los obispos que la potestad temporal había nombrado, y en tal confusión los sinceros creyentes no sabían á quien dar oídos, y los no creyentes hallaban así ocasión de menospreciar igualmente á los *juramentados* y no *juramentados*, y hasta de proscribirlos á todos, según se había ya visto en la época llamada *del terror*. Finalmente, al paso que la Convención proscribía á los sacerdotes, de ellos se valía en la Vendée el realismo para excitar, mantener y fomentar la guerra civil. Tal era el estado de la Iglesia la víspera del concordato. Fuerte el primer cónsul en su gloria á la sazón sin mancha, con su crédito sobre los ánimos á la sazón sin límites, con su poder sobre Europa á la sazón sin competencia, atrajo al papa á consagrar lo que había de razonable en la constitución civil del clero, á cambiar las demarcaciones diocesanas, á armonizarlas con las demarcaciones administrativas, á disminuir el número de las sedes, que era excesivo, á proporcionarlo al número de los departamentos, á aceptar el doble principio del nombramiento temporal de los obispos por el jefe del Estado, y de su institución espiritual por la Santa Sede, á reconocer además los

principales cambios sociales consumados, como la atribución del estado civil á los magistrados civiles, la abolición de las jurisdicciones eclesiásticas, la enagenación de los bienes de la Iglesia, etc. En cambio había prometido el primer cónsul que el Estado protegería el culto católico, le suministraría una dotación decorosa, y le restituiría en suma todo el brillo que le debe pertenecer en un país religioso á la par que ilustrado. Por último, deseando poner término á un cisma deplorable, el papa y el primer cónsul convinieron en revocar del todo el antiguo personal de la Iglesia francesa, para constituirle de nuevo, eligiendo entre los juramentados y los no juramentados á los eclesiásticos de mayor honradez y mas ejemplar vida, y mas adictos á la religión y á la Francia. Tal era el gran tratado de paz con la Iglesia, que había hecho tanto honor al general Bonaparte y á Pío VII, porque había hecho tanto bien á la Iglesia y al país, tratado mas sólido, mas glorioso, que los de Luneville, de Presburgo, de Tilsit, pues á la par que estos, obras de la victoria y movibles como ella, han desaparecido del derecho público de Europa, el concordato, fundado sobre la inmutable razón, subsiste, y á pesar de las exageraciones de ciertos hombres subsistirá tanto como el culto en Francia, porque es la única regla que pueden aceptar, una religión ilustrada y una política piadosa á la vez que independiente.

Si hubo un acto que sirviese al poder del primer cónsul y le acortase el camino del trono, sin disputa fué el concordato. La paz con la Iglesia, la paz con Europa, y el código civil, fueron sus tres mas brillantes títulos para merecer el imperio. En

su destierro se les alcanzó á los Borbones la trascendencia del concordato, y le temieron mas y le embarazaron y le aborrecieron que ninguno de los actos de Napoleon, y usaron de su influencia para impedir que muchos prelados presentasen la dimision que les pedia el papa. Con efecto se negaron á presentarla trece prelados, y aun vivian diez ó doce de ellos; mas tal fué el efecto del concordato sobre los espíritus que los que obraron de tal suerte no conservaron autoridad ninguna, y que los nombrados por el papa y por Napoleon para las sedes de que no habian hecho dimision los antiguos sacerdotes, se vieron reconocidos, acatados y obedecidos como los que se sentaron en sedes vacantes. Algunos eclesiásticos implacables se obstinaron en no reconocer á los obispos, cuyos predecesores, vivos y no dimisionarios, se hallaban en Lóndres, mas vinieron á ser designados con el sobrenombre ridiculo y merecido de *pequeña iglesia*, porque correspondia á su extension y á su importancia en el mundo religioso.

Habiendo Napoleon restituido por su culpa el trono á los Borbones, su obra mas sensata estaba amenazada de ruina como las mas dementes. Efectivamente, ligados los principes de Borbon por la constitucion del Senado, que vino á ser la Carta, asi en política como en administracion á respetar, ciertos principios, si bien libres en materias de religion, por el olvido de sancionar el concordato, acerca de esto querian el restablecimiento puro y simple de lo pasado. Y esta disposicion de los principes de Borbon era naturalisima sin duda, porque además de que les impulsaban á ella sus sentimientos religiosos, se veian compelidos tambien

por las exigencias de sus amigos, contra los cuales no tenian aqui para defenderse el recurso de un artículo de la Carta. Agréguese que detestaban no solo el concordato, por el daño que les habia hecho, sino al mismo papa, á quien no habian aun perdonado sus condescendencias respecto de Napoleon, á quien miraban como una especie de eclesiástico juramentado, al cual se necesitaba hacer gracia, porque tambien era legitimo, si bien aboliendo aquellas obras suyas que pudieran ser abolidas. Ahora calcúlense las consecuencias de empresa semejante, esto es, el papa revocando las demarcaciones actuales para restablecer las antiguas, pidiendo segunda vez la dimision á todos los prelados para volver á colocar á los desposeidos poco antes, recomponiendo asi todo el clero bajo el espíritu de una reaccion ciega, es decir volviendo á las antiguas distinciones de juramentados y no juramentados, volviendo á introducir el cisma en la Iglesia, la confusion en los ánimos de los fieles, y mientras que el papa, desmintiendo su infalibilidad por sí mismo, se proclamara el más falible de los principes, á la Iglesia reivindicando con la excomunion en la mano los bienes eclesiásticos que los Borbones se habian obligado por la Carta á dejar á sus compradores. Se necesitaba la ignorancia absoluta de los emigrados acerca del estado de Francia para aventurarse á una empresa que á cada paso les hiciera caer en intrincados tropiezos y enormes peligros.

No obstante, libres los Borbones de intentarlo, estaban resueltos á ponerlo por obra, y empezaron por no reconocer á ciertos prelados, y por negarse á toda relacion con ellos. Ya el cardenal

Maury habia sido expulsado de su sede, porque el conde de Artois declaró que no queria que le recibiese este prelado en la catedral de Nuestra Señora el día de su entrada en París. A la verdad el cardenal Maury no estaba en una posición regular, ni aun con sujeción al concordato; pero igual resolución se tomaba con otros muchos instituidos por el papa, á causa de ser unos juramentados y de ocupar otros las sedes, cuyos antiguos titulares vivian en Londres, despues de negar su dimisión el año de 1802 al Padre Santo. Estos obispos dimisionarios se habian apresurado á abandonar la capital de Inglaterra y á venir á París, donde se les habia hecho la confidencia, que ya no tenia tal carácter ni por asomo, del proyecto de anular el concordato. No habian omitido el cuidado de participárselo al clero todo, y al punto volvió á empezar el cisma donde quiera que habia dos titulares frente á frente. Asi en la Rochela, segun ya hemos dicho, el titular nombrado por Napoleon é instituido por el papa en virtud del concordato, reuniendo por consiguiente la doble investidura espiritual y temporal, si bien teniendo por antagonista al antiguo titular no dimisionario, vió operarse una especie de rebelión en su clero. La mayor parte de los eclesiásticos desconocian su autoridad, y solo acataban la del obispo desterrado y refractario al concordato. Esta especie de cisma habia hecho rapidos progresos en las dos Charentes, en Dordoña, en la Vendée, en el Loira inferior, en el Loira y Cher, en el Sarthe, en la Mayenne, de modo que ya no se sabia á que autoridad religiosa prestar obediencia. Por consecuencia de este desorden no se dió oídos á otra inspiración que á la de las pasiones.

Se predicaba contra el concordato, contra los juramentados, contra los compradores de bienes nacionales, y así añadíanse á todas las efervescencias del celo político todas las del celo religioso. A otro extremo de Francia, en el Franco-Condado, donde el espíritu moderado bajo el aspecto político era ferviente bajo el aspecto religioso, se produjo un efecto distinto, aunque no menos grave, y si es posible mas escandaloso todavía. El arzobispo de Besanzon, Lecoz, antiguo eclesiástico constitucional, si bien sacerdote muy venerable, fué impuesto por la firmeza del primer cónsul á la prudencia de Pio VII y aceptado como uno de los elegidos del concordato. Así habia obtenido la doble investidura de los poderes espiritual y temporal, y administraba su rebaño con piedad y decoro, bien que dió asilo en su diócesis á muchos sacerdotes juramentados, sin que por esto se manifestase vengativo ni parcial respecto de los otros, y por último ni se tenia respecto de su persona el pretexto sacado de la existencia de un antiguo titular que hubiera negado su dimisión y aun se hallase vivo. No obstante, pronuncióse en su contra cierta especie de entredicho, y sin negarle la obediencia material para darla á un competidor no existente, se huía de su rededor como de un criminal, se esquivaba asimismo verle, y de igual modo á los eclesiásticos que habian pertenecido á la clase maldecida de los juramentados; y el prefecto era el primero en dar este ejemplo lamentable.

Aunque el clero francés solo fuera cómplice del gobierno en la conducta inconsiderada que seguía casi en todas partes, á tal extremo llevaba las cosas que embarazaba al gobierno mismo, y le ponía en

trances enormes. Imposible era á la verdad des- hacer el concordato sin el papa, y los que por ce- lo hacia la Iglesia se declaraban en rebelion contra sus actos no podian sin embargo desconocerla hasta el extremo de querer obrar sin su concurso. Asi mientras no se obtuviese de Pio VII la revocacion del concordato se necesitaba indispensablemente reconocer las autoridades religiosas existentes, bajo pena de caer en una verdadera anarquia, por- que en ciertas partes de Francia se estaba á pun- to de expulsar violentamente á ciertos eclesiásti- cos y de desposeer á los compradores de bienes nacionales (1). Penetrando el abate de Montes- quion las consecuencias de semejante conducta, señaló al rey sus peligros y obtuvo autorizacion para escribir al obispo de la Rochela, actual titular por el doble nombramiento del emperador y del papa, una carta en que se le expresaba que debia exigir la obediencia de los eclesiásticos de su dió- cesis; que los que sintieran escrúpulos no tenian mas que resignar sus funciones, y que si para ase- gurar su obediencia necesitaba el auxilio de las autoridades seculares, no le faltaria de seguro. Pe- ro el silencio absoluto guardado en esta carta re- lativamente al concordato ponía de manifiesto que el gobierno consideraba este tratado como un re- glamento provisional, obligatorio hasta que se va-

(1) Algunas veces se ha negado que las cosas se lleva- ran tan lejos, con especialidad en cuanto á los bienes na- cionales. No hay mas que leer los partes de policia diri- gidos á Luis XVIII y la correspondencia concerniente á los negocios eclesiásticos para reconocer que en el cuadro que trazamos no hay nada que no sea rigurosamente exacto.

riase, y que entretanto no se queria dar al infeliz prelado mas que una fuerza puramente material y no moral de ningun modo. Asi la carta, escrita mas bien para París que para la Rochela, no fué alli del menor provecho, y la misma policia se vio en el caso de participar al rey su completa ineficacia.

Durante este tiempo se adoptó el partido de negociar en Roma. Fijándose el rey en Mr. Courtois de Pressigny, antiguo obispo de Saint-Malo, le revistió con la calidad de embajador extraordina- rio cerca de la Santa Sede. Sus instrucciones eran las siguientes. Sin dejar de conservar hacia la Santa Sede el respeto que la casa de Borbon no podia negarla, se debia hacer sentir suavemente á Pio VII que se habia mostrado muy débil respecto de la usurpacion; que se queria dar esto al olvido por contemplaciones á su divino carácter y á sus des- gracias; pero que si se le acreditaba tal deferencia, forzoso era que por su parte se apresurase á bor- rar todo vestigio de sus debilidades, y declarase cuanto habia hecho como no acontecido, aun por sancion suya, desde la entrada de los franceses en Italia, lo cual implicaba la anulacion pura y sim- ple del concordato. Se le pedia, como consecuencia inmediata de resolucion semejante, el restableci- miento de las antiguas sedes en número de ciento treinta y cinco, la restauracion en dichas sedes de los prelados que habian negado su dimision en 1802, porque, al decir de la corte de Francia, se les habia perseguido y desterrado durante veinte y cinco años por la causa de la verdadera fé, y tanto derecho les asistia para tornar á sus diócesis como á Luis XVIII para volver á París, y al Sumo Pontifice para volver Roma. De consiguiente se

solicitaba de Pio VII que volviera á demarcaciones reconocidas como irregulares por la Iglesia misma; que desposeyera á los preladados por su autoridad instituidos para restablecer á aquellos de quienes habia exigido la dimision, y desobedecieron su mandato; y que efectuase asi por dos veces en doce años, lo que los que tal pedian ahora declararon exorbitante é ilícito cuando se hizo por vez primera. ¡Cuán deplorables y escandalosas contradicciones para impuestas á un desgraciado pontífice cuya autoridad moral debia ser ciertamente muy venerada para príncipes anhelantes de colocar á grande altura el derecho divino, de que hacian derivar el derecho real!

Pero mientras se prevenia esta embajada no era la razon mucho mas escuchada en Roma que en París, y queriendo Pio VII la modificacion del concordato sobre algunos puntos que tocaban al vivo á la Iglesia, dirigió al rey Luis XVIII un mensaje que llegaba al mismo tiempo en que partia para Italia el que acababa de ser expuesto. Después de felicitar al gefe de la casa de Borbon por el restablecimiento de su familia sobre el trono de Francia, le manifestaba el Sumo Pontífice la mayor confianza en sus sentimientos religiosos, le aconsejaba que no admitiese la constitucion del Senado, pues aun no se conocia en Roma la promulgacion de la Carta, le suplicaba que rechazara la libertad de cultos, y que restituyera á la iglesia francesa una dotacion en bienes raíces; además invocaba su proteccion ante las demás potencias para que se restituyeran á la Santa Sede las Legaciones, Ponte-Corvo, Benevento, pertenecientes á Mr. de Talleyrand, que debia recibir

este mensaje, y por último, le pedia la devolucion de Aviñon, que actualmente se hallaba en manos de Francia, y que Luis XVIII, como hijo primogénito de la Iglesia, no podía negarse á restituir á la Santa Sede, segun lo espresaba Pio VII con palabras textuales.

Sin duda son á menudo muy extravagantes las revoluciones que se lanzan locamente á lo porvenir sin tener en cuenta lo presente, pero no lo son menos las contrarrevoluciones que pretenden retroceder á un pasado imposible, y no se puede menos de proclamar esta verdad al ver á Luis XVIII pedir la abolicion del concordato al papa, que le pedia la restitucion de Aviñon.

Por dicha ninguna de estas dos pretensiones tenia probabilidades de ser escuchada, pero quedaba la agitacion excitada en muchos puntos del pais y sobradas imprudencias cometidas en materias religiosas, y que Francia estaba dispuesta á tomar en muy mala parte. De esto hubo un triste y malhadado ejemplo por entonces.

Al volver á Francia el conde de Artois y el duque y la duquesa de Angulema, les chocó por extremo ver tan poco observado el domingo, ver ese dia consagrado al reposo y á la oracion las tiendas abiertas por la mañana y á menudo llenos los talleres de jornaleros hasta la noche, y los sitios de diversiones públicas mas accesibles y mas frecuentados que ningun otro dia de la semana. Sorprendidos estaban, y mas al volver de Inglaterra, donde la vida queda los domingos como en suspenso, de hallar al catolicismo menos fiel observador de la Escritura que al protestantismo, y repitieron muchas veces á Mr. Beugnot, director de

la policía, que este era un escándalo revolucionario que debía cesar á la vuelta de los príncipes legítimos. Conmovido Mr. Beugnot por estas reconvenciones y considerando además el domingo como una institución tan respetable bajo el aspecto social como bajo el aspecto religioso, consultó los antiguos edictos de la monarquía y hasta las ordenanzas de la república, muy solícita por hacer respetar los *décadis*, y allí encontró disposiciones que se creyó con derecho para declarar vigentes. Así el 7 de junio publicó un bando de policía, prescribiendo la rigorosa observancia de los domingos y días de fiesta. En virtud de este bando las tiendas habían de estar cerradas los domingos desde la mañana hasta la noche, y no se debía trabajar ni en las obras ni en los talleres, cesando además de circular todo carruage destinado á llevar carga de un punto á otro. No se podían abrir las tabernas y los cafés sino por la tarde, ni los salones de baile hasta la noche, y solo á los farmacéuticos y á los herbolarios era permitido tener abiertas todo el día sus puertas. A los infractores se les imponían penas severas, como por ejemplo, multas de ciento á quinientos francos, y la pérdida de los objetos con que se contraviniera á lo mandado.

Esto equivalía á desconocer no solo el espíritu de la Francia moderna, sino de la Francia de todos los tiempos, aun mas amante de la libertad privada que de la libertad política, mal hallada con que se le vaya á la mano en sus procederés fáciles y hasta negligentes cuando le cumple tenerlos tales, propensa á vituperar y á contradecir en las cosas pequeñas todavía mas que en las grandes,

dejando á veces á su gobierno cometer un acto que puede decidir de su suerte, y acalorándose de repente por un espectáculo frívolo que se le prohíbe, pronta á hacerse devota bajo un gobierno crédulo; casi impía bajo un gobierno devoto y por fortuna mas seria de lo que harían presumir estas singulares contradicciones. Gran movimiento hubo en París cuando el domingo se quiso obligar á que por la mañana se cerraran las tiendas que solían estar abiertas hasta la tarde y á que se desocuparan los talleres abiertos gran parte del día, y á que se detuviesen los carruages bajo pretesto de su carga, y á que por estos delitos se sufrieran penas tan graves y tomadas de bandos olvidados ya hacia mas de un siglo. Impracticable era que para velar por el cumplimiento de tales disposiciones se ocupase á la guardia nacional, ya tan fatigada con atender á la represión de disturbios de otra especie. Aunque tambien muy ocupada, á la guardia municipal se encomendó este servicio, arrojando los clamores de la población inquieta y laboriosa.

Casi igual fué el efecto en todas las clases, y el gobierno, al cual se calificaba de gobierno de extrangeros, de nobles, de emigrados, fué llamado además gobierno de devotos, y los vituperadores que ya se hurlaban de su política, se burlaron de su devoción desde entonces. La impresion fué bastante fuerte para perturbar al Consejo real, y para ocasionar que el duque de Berry dirigiera cargos muy duros á Mr. Beugnot y en un lenguaje completamente soldadesco.—Queréis hacernos pasar por *gazmoños* y no podríais hallar mejor manera de despopularizarnos en Francia.—Luis,